

S O P H I A

DIETRICH VON HILDEBRAND

La gratitud

ediciones

EE

encuentro



Sophia
2

Colección dirigida por
Mario Parajón

This One



JSK4-TOP-ABBH



Dietrich von Hildebrand

La gratitud

Publicación póstuma

Encuentro**E**
Ediciones**E**

Título original
Über die Dankbarkeit

© 1980

Sociedad «Dietrich von Hildebrand»,
editorial EOS Archiabadía St. Ottilien

© 2000

Ediciones Encuentro, S.A.

© del Prólogo

Mario Parajón

Traducción

Elisabeth Wannieck

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Cedaceros, 3-2º - 28014 Madrid - Tel. 91 532 26 07

PRÓLOGO

Tratándose de Dietrich von Hildebrand, es necesario partir para conocerlo de algunas de sus noticias biográficas. Imprescindible el dato de su procedencia: una familia de buen arraigo en el tronco germánico; gente recia, dinámica y también soñadora, que entiende la vida como una batalla sin tregua; se reúne con frecuencia, evoca a los antepasados, come platos fuertes y entona viejas canciones.

El padre es un escultor. Vive de su trabajo y realiza su arte con mano delicada no exenta de una remota sensualidad tímida. Algo le impulsa a instalarse con los suyos en una mansión palacial en Florencia. Entraría por las ventanas el aliento espeso de la ciudad. Y las habitaciones serían de alto puntal; el corredor en forma de rectángulo dotado de una chimenea con repisas veteadas; y habría alfombras de las que pesan y acaparan el polvo distribuidas profusamente por las habitaciones. En los ojos de la servidumbre se advertiría la impaciencia por sacudirlas como tradicionalmente se hace el primer día de primavera.

Ni el padre ni la madre le hablan a Dietrich de Dios ni de Jesús, pero sí de la Verdad y la Belleza, el Bien o la Justicia, ideas cuyo trato les era familiar debido a la vigencia por entonces del pensamiento idealista. Es muy interesante lo que hará en su madurez von Hildebrand

con estas ideas. Por el momento se limita a escucharlas. Dotado de un extraordinario poder receptivo, las «medita en su corazón» mientras explora el palacio y observa a sus hermanas mayores. Él es el pequeño y el único varón.

Aparte de éstas, conviven en la mansión dos mujeres decididas a llevarlo de la mano. Una es la madre. Excelente conocedora del latín, en todo sobresale por su formación clásica. Representa en la vida del hijo —y esto es importante subrayarlo—, la Alemania inclinada al Mediterráneo, nunca desatenta al ensimismamiento que le es propio. Esas ideas que el niño aprende —Justicia, Verdad, Bien, Belleza— traídas y llevadas desde las horas mágicas en que las sembró Platón tienden a espiritualizar a quien las medita, pero acaban por sepultarlo en su ensimismamiento si no aparecen en el otro polo de su abstracción las luces del Mediodía. Goethe supo esto muy bien. De ahí que viajara por Italia con tanta parsimonia. La madre de von Hildebrand se beneficia del descubrimiento hecho por el prócer de Weimar y lo transmite a su hijo. Von Hildebrand le será absolutamente fiel a su vocación de alemán íntegro, pero empapado por la luz de la tarde romana, a la que sin esfuerzo ya sabemos que se añade la razón de Grecia y el Dios de Israel.

Pero hay muchas maneras de efectuar esta asimilación. Una muy serena y neoclásica, que llamaríamos apolínea; otra embriagadora y dionisiaca; y una tercera que es una especie de vía media entre ambas y que se puede calificar de intensa.

En el palacio vive otra mujer sirvienta del mismo, alegre, maternal, creyente, de las que encienden velas y rezan novenas. Con esta mujer se *encuentra* Dietrich. Es una personalidad impresionante. Lo que le transmite a Dietrich es la manera católica de asimilar el espíritu del Renacimiento. El niño se entera de que hubo un momen-

to en la historia de Occidente en que la vida alcanzó una intensidad tremenda. Se comía, se bebía, se luchaba, se estudiaban los manuscritos, se realizaban los viajes, se trazaban los planos de las grandes creaciones arquitectónicas, como si toda iniciativa que se emprendiera fuese cuestión de vida o muerte. Von Hildebrand aprende su primera lección «clara y distinta»: que el gran enemigo del hombre es la indiferencia porque en la indiferencia todo se *reduce*; todo *da* lo mismo porque todo *es* lo mismo ya que en última instancia todo terminará con la muerte.

Cada vez que considero
que me tengo que morir
tiendo la capa en el suelo
y no me harlo de dormir.

Unamuno transcribe esta copla de la indiferencia para decirnos que si no hay otra vida, no tiene importancia lo que ocurra en ésta. Von Hildebrand descubre que la indiferencia es una coraza de la que nos revestimos para no sufrir y cuya contrapartida es el hielo de la soledad y la certidumbre por parte del indiferente de que no es amado.

El futuro filosófico asimila desde entonces ese ardor que proporciona la conquista del mundo cuya entrega se produce gracias al ejercicio de cada sentido. Y a la vez se incorpora el otro ardor, el germánico; ese le abre el horizonte de la interioridad, donde siempre un alemán se siente a sus anchas. Son dos perspectivas en las que la vida del alma y la del cuerpo se buscan afanosamente hasta encontrarse en la penumbra.

Es preciso añadir: si es que se encuentran. A von Hildebrand le ocurre algo espléndido y terrible, compartido con otros grandes espíritus de nuestro tiempo y sobre lo que se ha insistido poco: son grandes herederos de una fortuna inmensa. Y heredan lo que ya sabemos:

no sólo las culturas ya enumeradas sino la posibilidad de actualizarlas gracias a los hallazgos de los filólogos. Súmese a esto lo que proviene de Oriente y de África y se tendrá un caudal inabarcable. El efecto sobre las cabezas pensantes no se limita a ser el positivo del enriquecimiento; también se corre el riesgo del vértigo y la dispersión.

El recurso para liberarse de ella –y que así la vida no pierda su brújula–, lo encuentra muy pronto von Hildebrand: no en una idea ni en un sistema filosófico, menos en un partido político o en una intuición, sino en una persona, la de Nuestro Señor Jesucristo. Aun suponiendo que no fuese Dios ni siquiera persona, sino personaje protagonista de las «novelas» evangélicas nadie como él ha comprendido la necesidad que tienen los hombres de ser perdonados, de que alguien los ame, de resucitar de entre los muertos con la carne y el alma; y sobre todo de que se cumpla la expectativa de la esperanza, cuya esencia se desvela en aguardar lo que no se sabe, pero que consiste en una plenitud imposible de ser soñada. Jesús le descubre al humano su esencia.

Von Hildebrand se convierte al catolicismo en 1914. El hallazgo de Jesús le lleva a organizar todo el saber que recibe unificándolo y jerarquizándolo en torno a la noción de valor. En el valor se traduce la huella de la redención de ese mundo. El valor no se encuentra en la naturaleza de lo humano; es un regalo que nos hace felices; un bien que lo seguiría siendo aunque nosotros no lo conociéramos ni lo disfrutáramos. Por eso el arte de reconocerlo implica un olvido del propio yo que no se parece al vacío del budismo, porque nosotros estamos presentes en ese olvido justamente con otra presencia.

Sólo si se sabe cómo se capta el valor y lo que esta aprehensión despierta, se puede comprender a fondo el sentido de esta meditación sobre la gratitud.

A propósito de lo primero es forzoso recordar que von Hildebrand no fue a ninguna catequesis, ni empezó conociendo del cristianismo su mensaje moral. El suyo fue un encuentro personal con el Dios invisible que se hace visible en la encarnación y cuya experiencia despierta un entusiasmo sin límites en quien la realiza. Recuérdese lo sucedido a Pascal en la noche de su inolvidable 23 de noviembre. Cuando se lanza a escribir en el papel que más tarde guardará cosido al interior de la chaqueta, le preocupará ante todo aclarar la distinción entre el Dios de Jesucristo y el de los filósofos. Intenta decir que su fe, gracias al relámpago entrevisto esa noche, le invade por completo su ser sin dejarle libre ninguna región del mismo. Se comprometen por igual su cuerpo y su alma. Y no piensa con cabeza cartesiana, sino con el corazón, que no excluye la cabeza y que sin abandonarla va más allá.

Esto hace que en su obra las relaciones de la fe y la razón sean muy peculiares; y cada una de ellas parezca actuar sobre la otra sin que haya fideísmo o racionalismo. Al mismo tiempo, este creer con el corazón le proporciona una certeza alegre, a la vez que lo hace rebozar de entusiasmo.

Y esta es la clave para adentrarse en su obra: el valor es la espina dorsal del edificio; se le capta pensando con el corazón; y lo que eso despierta es el entusiasmo. Von Hildebrand se entusiasma ante lo que le produce una sensación, lo que le provoca una ocurrencia, le despierta una idea o sencillamente lo emociona. La mayor parte de las veces se trata de un movimiento simultáneo. En un amanecer se advierte el colorido, la luz, la naturaleza en la calma de la primera hora del día; a la vez se piensa en realizar tal proyecto y se siente la energía que se dispone para llevarlo a cabo.

El entusiasmo es la dilatación experimentada por el cuerpo y el espíritu vividos en unidad indisoluble. Eso tiene

lugar por la expectativa que acompaña el encuentro con la realidad. Porque no se trata del encuentro con *tal* realidad ni con *tal otra*, sino con la *realidad en cuanto tal* y sólo por serlo.

Aquí es donde podríamos preguntarnos por qué hay espíritus entusiastas y por qué hay otros que no lo son. Es todo un misterio. A principios de los años cincuenta, en las aulas de Filosofía se contrastaba una exclamación de Ortega en las *Meditaciones del Quijote* con un título de Sartre: *La Náusea*. Ortega escribía: «¡Bienaventuradas sean las cosas! ¡Amadlas!» El título de Sartre daba a entender que su talante era el opuesto a éste.

Sentir la gratitud a Dios y a los hombres es recibir una gracia que tal vez sea como la «luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo». La lectura de este ensayo póstumo de von Hildebrand puede servirle de advertencia a quien la posea que la cuide y a quien la tenga perdida que la encuentre.

Mario Parajón

•Y, al entrar en un pueblo, salieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a distancia y, levantando la voz, dijeron: '¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!'. Al verlos, les dijo: 'Id y presentaos a los sacerdotes'. Y sucedió que, mientras iban, quedaron limpios. Uno de ellos, viéndose curado, se volvió glorificando a Dios en alta voz; y postrándose rostro en tierra a los pies de Jesús, le daba gracias; y éste era un samaritano. Tomó la palabra Jesús y dijo: '¿No quedaron limpios los diez? Los otros nueve, ¿donde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero?'. Y le dijo: 'Levántate; tu fe te ha salvado'.

Lc 17,12-19



LA GRATITUD HACIA DIOS

La gratitud hacia Dios es una de las actitudes básicas que constituyen la esencia de la vida espiritual. En la oración de san Francisco: «¿Quién eres Tú y quién soy yo?», se expresa la confrontación de la criatura que es polvo y ceniza (Gn 18,27) con la majestad inaccesible y absoluta de Dios. A esta actitud elemental se añade el amor de adoración al Dios infinitamente santo y bueno, que Se revela en la humanidad de Jesús: «... *per incarnati Verbi mysterium nova mentis nostrae oculis lux tuae claritatis infulsit: ut dum visibiliter Deum cognoscimus, per hunc in invisibilium amorem rapiamur*» («... por el misterio de la Encarnación del Verbo resplandeció en los ojos de nuestra alma la nueva luz de tu claridad, para que conociendo a Dios visiblemente, seamos por Él arrebatados al amor de las cosas invisibles»)¹. A estas actitudes elementales pertenece también la gratitud por nuestra existencia como personas, por todos los bienes naturales y sobre todo por todas las Gracias, por la *mag-nalia Dei* (las grandes obras de Dios), por la infinita misericordia de Dios. Entre las oraciones ocupan un lugar central las de acción de gracias.

¹ Prefacio de Navidad.

Balduin Schwarz ha elaborado conceptos profundos acerca de la gratitud hacia Dios². Especialmente resaltó cómo el agradecimiento por el feliz desenlace de ciertos acontecimientos, por la felicidad que, al no proceder de otros hombres, no puede referirse sino a Dios, lo cual, por tanto, presupone lógicamente la existencia de un Dios bondadoso y de una providencia. Con la gratitud igual que con la esperanza, incluso en aquel que no ha encontrado a Dios, está vinculado un tácito contar con Dios omnipotente y bueno. Esta cuestión es extraordinariamente importante y profunda, pero aquí no podemos ocuparnos de ella. Por eso nos referimos expresamente a las exposiciones de Schwarz.

La gratitud es una respuesta fundamental a Dios, que está profundamente vinculada a la primordial subordinación a Él, Señor absoluto, y a la adoración amorosa a Él, infinitamente santo, esencia de toda belleza y majestad. La misma gratitud, sin embargo, representa algo independiente, irreductible a otro valor, una palabra última e insustituible en la relación del hombre con Dios.

En esta palabra elemental del hombre dirigida a Dios está contenida la captación y comprensión de los valores inherentes a los bienes que recibimos, de los que nos colma continuamente el Amor de Dios. En muchas publicaciones hemos señalado la importancia fundamental de la captación y comprensión de los valores. La riqueza espiritual de una persona depende de lo grande, rica y honda que sea su captación de los valores. La significación ontológica última de los valores, del ente que es portador de un valor, del ser valioso frente al ser indiferente, resplandece cuando consideramos el reconoci-

² Balduin Schwarz, «Über die Dankbarkeit» en *Wirklichkeit der Mitte, Beiträge zu einer Strukturantropologie, Festgabe für August Vetter*, Karl Alber, Freiburg/München, 1968, pp. 697-704. (*Sobre el agradecimiento*, trad. esp. Juan Miguel Palacios, Universidad Complutense, Madrid 1988).

miento ante los valores frente a la ceguera ante ellos. Vislumbramos lo que significa el ser «ardiente» de los valores —la dimensión suprema del ente—; percibimos que aquí rozamos un misterio primario.

El abismo de la inanidad despierta en nosotros el *horror vacui* (horror al vacío), tan pronto como pretendemos que el ser objetivo sea completamente «indiferente» y que todo valor sea sólo una ilusión subjetiva. El desierto inconcebible que nos deja desconcertados, la falta de sentido y la inanidad de un mundo donde no se encontrara ningún valor o antivalor objetivo, apenas puede ser pensado. Nos atrevemos a afirmar que la legión de los que intentan negar de distintas formas la existencia de los valores objetivos: los relativistas, inmanentistas, subjetivistas, no pueden, sin embargo, imaginar nunca consecuente y existencialmente un mundo completamente indiferenciado, donde reinara el aliento glacial de la indiferencia y neutralidad absolutas; así como tampoco el que niega una verdad absoluta es capaz de construir consecuentemente un mundo carente de entidad, sin verdad absoluta que lo sustente.

El hecho de ser valioso es la verdadera dinámica del ser, que no contradice en modo alguno la grandeza del ser que reposa en sí. Todos los delirios acerca de lo dinámico que encontramos en Hegel y Heidegger, la idolización del movimiento frente al ser en reposo, pasan por alto la verdadera dinámica que tiene lugar en el ser valioso frente al ser desnudo e indiferente.

¡Qué sería el mundo si sólo hubiera la distinción entre medio y fin, y que no pudiera salir nunca de su neutralidad grisácea! La respuesta al fin último y a la *raison d'être* (razón de ser) sólo sería posible si el mundo entero se pudiera mostrar como una malla de causalidad final. Pues la importancia que posee el fin frente al medio no da respuesta a la propia *raison d'être* del fin. La *raison*

d'être de un ente como medio para un fin tiene además sólo el carácter de lo indispensable, lo imprescindible para el fin, pero no vive de la significación del fin; y si la verdadera *raison d'être* del fin no nos es conocida, todo lo meramente fundado en su requisito queda sin verdadera *raison d'être*.

Ante el telón de fondo del conocimiento de que el ser valioso es el corazón del ente, se descubre la significación originaria para la persona de ser capaz de captar los valores. Una persona que no fuera capaz de captar los valores y comprenderlos como tales no sería una persona real. Sin la captación del valor sería imposible el diálogo entrañable entre sujeto y objeto, y no existiría la plena trascendencia del conocimiento.

Si se privara al hombre de la capacidad de captar valores objetivos, se le separaría de la más íntima vida del cosmos y, sobre todo, de Dios. El «Fecisti nos ad te (nos hiciste Señor para Ti)³ no tendría ya ninguna validez.

Pero la gratitud hacia Dios no sólo presupone el captar y comprender los valores de todos los regalos de Dios, sino también el captar y comprender el carácter del bien objetivo destinado a la persona. Hemos hablado detenidamente sobre esto en otros lugares⁴. Baste aquí decir que la gratitud es una *respuesta* específica a un bien objetivo para la persona⁵.

Por ejemplo, en el agradecimiento por el don del conocimiento no sólo capto el valor del conocimiento, sino también el regalo que este significa para mí, y con

³ San Agustín, *Confesiones* I, 1, 1.

⁴ *Ethik*, edición alemana de Karla Mertens; 2ª edición en: *Gesammelte Werke*, tomo II, Kohlhammer, Stuttgart 1973, capítulos 5 y 7. (*Ética*, trad. esp. Juan José García Norro, Ediciones Encuentro, Madrid 1989); *Das Wesen der Liebe, Gesammelte Werke*, tomo III, Habel, Regensburg, 1971, cap. III y IV. (*La Esencia del Amor*, trad. esp. de Juan Cruz Cruz y José Luis del Barco, Eunsa, Pamplona 1998).

⁵ *Moralia, Gesammelte Werke*, tomo IX, Habel, Regensburg 1980, cap. 5.

tal regalo el *pro*, el gesto amable y afirmativo *para* mí del regalo *qua* (en cuanto a) regalo. La comprensión del *pro* está indisolublemente vinculada con el Dios personal, con Su bondad y Su Amor dirigidos personalmente a mí.

Alcanzamos con ello una intimidad dichosa de la vida espiritual, que representa la actualización de la fuente original de toda felicidad: el ser amados por Dios. La gratitud es una respuesta específica a este Amor de Dios, que Se nos manifiesta en los regalos suyos que nos hacen felices; contiene la captación: primero, del valor de este bien; segundo, del bien objetivo que representa este regalo para mí; tercero, de la bondad de Dios en Su belleza sagrada inconcebible y, ciertamente, de la bondad dirigida personalmente a mí, del Amor referido personalmente a mí. Podemos vislumbrar qué ingrediente esencial es la gratitud en nuestra relación con Dios y qué elevado valor conlleva como respuesta a todos estos grandes regalos.

En la auténtica gratitud hacia Dios el hombre se hace bello. Sale de la inmanencia, de la estrechez de la referencia al yo, e ingresa en la entrega dichosa a Dios, esencia de toda majestad, en el reino de la bondad. Se hace grande y amplio, se hace libre. Florece en su alma la libertad dichosa, victoriosa.

Esta gratitud está también profundamente vinculada a la humildad. El que agradece es consciente del hecho de que es un mendigo ante Dios y no tiene ningún derecho que pueda reclamar a Dios, pues todo es regalo de su bondad y él no puede formularle ninguna demanda.

Kierkegaard habla de modo maravilloso sobre la gratitud en su relación íntima con Dios: «Ahora que debo hablar de mi relación con Dios; de lo que se repite cada día en mi oración, en la que Le doy gracias por lo indescriptible que ha hecho por mí, infinitamente más de lo

que jamás esperaba; de que se me ha enseñado a asombrarme, asombrarme de Dios, de Su Amor, de todo lo que me ha hecho anhelar el más allá y no temer que la eternidad pueda ser aburrida, porque ella es precisamente el estado que necesito para no hacer otra cosa que agradecer.⁶

El que está lleno de gratitud hacia Dios, aquel cuya vida está impregnada de este gesto básico de agradecimiento, es también el único hombre verdaderamente despierto. Es lo contrario del embotado, del que permanece en aquella somnolencia que basta sólo para realizar la vida práctica y el cumplimiento de las necesidades vitales. El agradecido es lo contrario de aquel que permanece en la periferia y todo le parece natural. Aquí hay una analogía evidente con la esfera del conocimiento. El *homo sapiens* se distingue del *homo faber* no sólo porque no considera como algo evidente la realidad circundante y no la examina sólo bajo un punto de vista pragmático, sino porque en él se produce una admiración, un despertar a la pregunta por la esencia y el sentido de las cosas, un captar los valores. Tanto Platón como Aristóteles señalan el θαυμάζειν, el asombro, como el comienzo de toda Filosofía.

Algo análogo a este despertar, a este salir de una actitud meramente pragmática, acontece en aquel hombre cuya vida está impregnada de la verdadera gratitud hacia Dios. También él despierta del embotamiento y la superficialidad del considerarlo todo natural a la admiración

⁶ Hildebrand cita a Kierkegaard por ediciones alemanas de sus obras. *Gesammelte Werke*, sección 33: *Die Schriften über sich selbst*. «Der Gesichtspunkt für meine Wirksamkeit als Schriftsteller», 2ª edición, cap. 3, pp. 67 y s.; traducción al alemán de Emanuel Hirsch, Eugen Diederichs Verlag, Düsseldorf/Köln 1951. Cf. también Sören Kierkegaard, *Die Tagebücher 1834-1855*, (*Diario íntimo*, trad. esp. Mª Angélica Bosco, Barcelona, Planeta 1993) selección y traducción al alemán de Theodor Haecker, 2ª edición, Hegner, Leipzig 1941; 24 de abril de 1848, pp. 283 y ss.

ante los regalos de Dios y por el misterio inagotablemente sublime del Amor infinito y la misericordia de Dios.

Esta gratitud impulsa a una exteriorización en un acto de dar las gracias. En el hombre existe una tendencia general a dar expresión a lo que llena su corazón. «De lo que está lleno el corazón habla la boca» (Mt 22,34), dice Cristo. Esta tendencia general se actualiza de modos muy diferentes. En nuestra *Metaphysik der Gemeinschaft*⁷ hablamos detenidamente de la diferencia entre la expresión pura que se desborda de lo que llena nuestro corazón y la manifestación del amor llena de sentido intencional.

Actos sociales como prometer, comunicar, preguntar, juzgar, representan un tipo ulterior. La tendencia que impulsa a una exteriorización de lo que nos llena intensamente se muestra del modo más patente en los actos sociales en los que la exteriorización pertenece esencialmente a la realización del acto interno, a su carácter interpersonal.

Cuando se trata de actos sociales, resalta claramente el impulso a una exteriorización. La expresión tiene más un carácter dinámico que intencional, pero pertenece esencialmente al hombre. En ella se manifiesta también la vinculación misteriosa de cuerpo y alma. En la expresión, sea en palabras como: «me gustaría tallarlo en todas las cortezas»⁸, sea en canciones: «*Cantare amantis est*» (cantar es menester del que ama)⁹, sea en el reír y llorar, en el estar de rodillas o de pie, está comprendido el cuerpo de un modo característico. Esta expresión pura se diferencia claramente de la manifestación intencional llena de sen-

⁷ 4ª edición, en *Gesammelte Werke*, tomo IV, Habel, Regensburg 1975. Cf., para lo que sigue, el cap. 2.

⁸ *Die schöne Müllerin*, op. 25, de Franz Schubert (Ciclo de canciones según texto de Wilhelm Müller), n. 7: «Ungeduld».

⁹ San Agustín, *Sermo XXXVI*, 1 («*In dedicatione Ecclesiae*, I»).

tido, por ejemplo, del amor, pues esta última tiene no sólo una función interpersonal, sino que es una intención única, llena de sentido, que deja penetrar el rayo del amor en la conciencia del amado, un escalón importante en el proceso de unión con él, un cumplimiento de la *intentio unionis* del amor.

Pero la manifestación puede ser a la vez una expresión, sin que sea afectada por ello en modo alguno la diferencia de esencia entre ambas. Por un lado, el dar las gracias es un principio y ante todo una manifestación de gratitud. Sólo puede ser realizada, como la del amor, frente a aquel para el que *vale*, frente al que se siente la gratitud. Por otro lado, el dar las gracias tiene también el carácter de un acto social, en tanto que no es sólo la manifestación de la actitud del agradecimiento, es decir, el objeto de mi actitud no es sólo la persona ajena, sino también el «regalo» por el que doy las gracias.

Finalmente, en el agradecer está puesta también la expresión de una afectividad que desborda, a la que se refiere san Agustín con las palabras «*cantare amantis est*». La nueva solemnidad que posee la palabra cantada frente a la hablada, que es una nota sublime, despojada de su vertiente pragmática, nacida de la tendencia a expresarse, no sólo del carácter dinámico arriba subrayado, sino también de la realidad total peculiar que está completando razonablemente la parte de algo profundamente interior que sale al exterior extendiéndose hasta lo corporal, frente a las tomas de conciencia hondamente íntimas y frente a las respuestas a los valores que no llegan a manifestarse. También desempeña aquí un papel la diferencia entre la objetivación específica que representa lo expresado por palabras y el gesto de nuestra alma, de nuestro corazón, no verbalizado.

No es casualidad que la acción de gracias ocupe un lugar tan importante en la liturgia. Pensemos sólo en los

tres insuperables himnos donde se realiza el tránsito del Antiguo al Nuevo Testamento: el *Benedictus*, el *Magnificat* y el *Nunc dimittis*. La actitud expectante llena de presentimientos, la actitud llena de esperanza del Antiguo Testamento pasa a la desbordantemente agradecida del Nuevo, y ambas se vinculan de un modo único. Cuando san Agustín al final de su libro *De civitate Dei*¹⁰ dice: «*Ibi vacabimus, et videbimus: videbimus, et amabimus: amabimus, et laudabimus*», se refiere con el *laudabimus* a la dimensión de la expresión que pertenece a la perfección última, a la «*quod erit in fine sine fine*».

Incluso en la eternidad, en la que sólo hay una realidad transfigurada, se conserva el *laudare* y con él y en él también el *gratias agere*, el dar expresamente las gracias, su plena significación.

¿Podemos imaginarnos a un hombre cuyo corazón rebose de gratitud hacia Dios y que nunca se sienta impulsado a prestarle expresión en una oración propia de gracias? ¡Seguro que no! La falta del impulso interior de dar gracias a Dios en una oración expresa por recibir Sus regalos y Su Gracia sería un síntoma inequívoco de que la gratitud hacia Dios no ha ocupado todavía en su corazón el lugar que le corresponde.

Los tres himnos arriba citados expresan al agradecimiento desbordante por la recepción de un regalo grande, decisivo: Zacarías agradece el milagro del nacimiento de Juan el Bautista; la bienaventurada Virgen agradece la Gracia inconcebible, única, de ser escogida como madre virginal del Redentor; Simeón agradece la Gracia de ver y poder tener en sus brazos antes de su muerte al prometido Redentor. ¡Qué esencial, qué decisivo es para la verdadera gratitud este acto de dar las gracias, de la oración de gracias recogida en palabras!

¹⁰ Ib., XXII, 30.

Volveremos todavía detenidamente a esta conexión entre la gratitud auténtica y el acto específico de dar las gracias, al ocuparnos de la gratitud hacia los hombres.

Antes han de ser destacados algunos aspectos decisivos del agradecimiento a Dios: en primer lugar, el vínculo profundo entre felicidad verdadera y gratitud. Ya el conocimiento del valor que el agradecimiento presupone es una fuente fundamental de felicidad. Ante todo, la conciencia del Amor de Dios por nosotros y de Su misericordia, contenida en el acto de comprender un regalo de Dios y su carácter de bien objetivo para nosotros, es precisamente *la* primera fuente de toda felicidad verdadera e indestructible.

Pero también quisiéramos referirnos a la felicidad que es inmanente al estar agradecido y al acto de dar las gracias que fluye de él. Es la felicidad de la libertad interior del agradecido y de la humildad, vinculada sólo con ella.

Basta que veamos claramente la diferencia entre un hombre que considera natural su existir como persona, las dotes que le ha otorgado Dios, el amor y la amistad que le ofrecen otras personas y otro que no considera normal nada de esto, sino que lo comprende todo como regalo inmerecido. ¡Cómo está éste en la verdad y qué ciego está aquél encerrado en su embotamiento! ¡Qué vacía es la vida de aquel que no entiende la plenitud y el valor de los regalos que recibe, ni reconoce que son regalos inmerecidos, ni que en ellos irradia la bondad, misericordia y caridad de Dios! En esta comparación resplandece la felicidad profunda que sólo conoce el agradecido.

Hay una jerarquía con muchos niveles dentro de los bienes objetivos, recibidos por nosotros, tanto con relación a su valor, como al papel que desempeñan en nuestra vida. Los regalos de Dios, como un talento extraordinario, sea intelectual o artístico, artísticamente productivo

o reproductivo, tienen, sin excepción, una significación que llena y atraviesa toda nuestra vida, a diferencia del regalo de un bonito viaje hecho una vez. Nuestra capacidad de conocimiento de los valores, nuestro potencial de amor o nuestra libre voluntad son regalos de Dios todavía más fundamentales que el precioso regalo de una gran amistad. Curiosamente, somos tanto menos conscientes del carácter de regalo de un bien objetivo para nosotros, cuanto más fundamental y formal es. Estamos más fácilmente llenos de gratitud hacia Dios por una unión de amor con otro ser humano que por nuestra existencia como personas; aunque la última es el presupuesto básico para todo lo demás, para toda felicidad y para la bienaventuranza eterna.

¿Cuántos hombres son conscientes de la existencia como de un regalo inaudito? ¿Cuántos toman este regalo fundamental como algo natural? Con la transformación en Cristo va de la mano un crecimiento continuo en la lucidez con relación a los regalos de Dios, tanto respecto de la apreciación de su valor, como de la importancia formal del bien. La posesión de todos los bienes objetivos para la persona se da cada vez menos por supuesta; todo se descubre cada vez más como un don inmerecido; se siente todo como motivo para la gratitud ilimitada hacia Dios; el impulso interior de dar las gracias a Dios en un acto expreso, se hace cada vez más fuerte. «Mira, ellos, los pensamientos, se ofrecen fascinantes como aquellos frutos de los jardines de los cuentos; rica, cálida e íntimamente, las expresiones; así mitigan el impulso apremiante del agradecimiento en mí y así refrescan el ardiente anhelo»¹¹.

Pero la vida de cada hombre no sólo está llena de regalos de Dios, sino que contiene también males objeti-

¹¹ Kierkegaard, sección 33, op. cit., p. 68.

vos para la persona, cruces de todo tipo. En primer lugar hay, a este respecto, una gran diferencia en la vida de muchos hombres. Junto a una vida colmada de bendición, hay a menudo una vida «echada a perder» o cargada con sufrimientos de todo tipo, por ejemplo, con deformidades o enfermedades.

Al tratar de si algo es un don positivo de Dios o una cruz, nos limitamos a las disposiciones de Dios y prescindimos de aquel sufrir que brota de nuestra culpa y pecaminosidad.

En segundo lugar, no sólo existe la diferencia entre una vida feliz y otra llena de sufrimientos. Más bien, en la vida de cada hombre, al lado de regalos de todo tipo hay también muchos sufrimientos y muchas cruces inevitables.

Frente al regalo positivo, insondable, de la existencia personal y de la vida en este mundo está la terrible cruz de la muerte. De la mano del gran don de la unión con una persona amada va la preocupación por su vida, el temor a la separación por la muerte y a la posibilidad de que ella pueda dejar de responder a este amor. A pesar de todos los regalos de Dios, aunque cantemos: «*Pleni sunt coeli et terra gloria tua*» («Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria»)¹², la vida del hombre es un *vallis lacrimarum* (valle de lágrimas).

Ahora se plantea la pregunta: ¿De qué tipo es la respuesta querida por Dios a las cruces y los sufrimientos? ¿Debe ser nuestra respuesta asimismo de agradecimiento porque sabemos que también cruces y sufrimientos son impuestos o permitidos por el Amor infinito de Dios?

Se afirma con frecuencia que quien ama verdaderamente a Cristo y está transformado en Él, le agradece también todos los sufrimientos y cruces, porque ellos

¹² «Sanctus» de la Santa Misa.

representan una comunión especial con Cristo: llevar la cruz con Él. Sí, algunos dicen que no se puede hacer ninguna distinción en nuestra respuesta de gratitud si Dios nos regala alegrías o nos inflige sufrimientos.

Aquí hay que decir que, por verdadera y profunda que sea la concepción según la cual se han de contemplar los sufrimientos que Dios nos impone con devoción agradecida y con amor de entrega por el regalo de poder compartir la cruz de Cristo, no hay que negar que existe una profunda diferencia entre el agradecimiento por un gran bien y la aceptación resignada de un gran mal para nosotros. El *Magnificat* de la bienaventurada Virgen es evidentemente una respuesta diferente a la actitud de la madre de Dios bajo la cruz:

*•Stabat mater dolorosa,
Iuxta crucem lacrimosa,
Dum pendebat Filius.*

•La madre piadosa estaba
junto a la cruz, y lloraba
mientras el Hijo pendía¹³.

La gratitud incluye esencialmente una alegría. El resignado tomar sobre sí la cruz no contiene en sí una alegría. El que se llegue a una alegría heroica, en el sentido del agradecimiento por poder compartir la cruz de Cristo, no cambia nada al respecto: la alegría inherente al agradecimiento se refiere de manera inmediata al carácter positivo de un regalo.

Para entender que las respuestas a un regalo positivo y a una cruz deben ser diferentes, tenemos que ser cons-

¹³ Secuencia de la celebración de los siete dolores de la bienaventurada Virgen María de Jacopone da Todi.

cientes del primado de la felicidad sobre todo sufrimiento. El misterio que resulta de la Redención del hombre por la pasión y muerte en la cruz de Cristo no puede hacernos olvidar que, como dijo el padre Heribert Holzapfel OFM, «todos los sufrimientos se dan sólo a causa de la alegría». El misterio del sufrimiento insondable de Cristo, que representa un despliegue misterioso del Amor infinito del Hombre-Dios Jesucristo a Dios Padre y a los hombres, no nos puede ocultar el hecho de que la Redención no sólo representa el camino para la salvación del hombre individual y la glorificación de Dios que se sigue de ahí, sino que también abre la puerta a nuestra eterna bienaventuranza. La magnitud y profundidad admirable de la Pasión de Cristo, que nos hace rezar:

*«Fac me plagis vulnerari,
Fac me cruce inebriari
Et cruore Filii».*

«Haz que yo sea herido por las llagas,
embriagado por la cruz del Hijo
y atravesado como Él»¹⁴.

no nos pueden oscurecer el saber que la Pasión de Cristo representa el camino hacia la dicha eterna de los redimidos y transformados en Cristo. Los sufrimientos de Cristo y Su Amor, por el que vierte su sangre por nosotros y que nos conmueve hasta las entrañas, embriaga nuestro corazón y nos hace rezar: «*Sanguis Christi inebria me*»¹⁵, no nos tienen que hacer olvidar que el fin eterno no es la participación en la cruz, sino el cruzarse nuestra mirada gozosa con la del Hombre-

¹⁴ Ib.

¹⁵ De la oración medieval *Anima Christi*.

Dios Jesucristo que reina en la eternidad entronizado en su esplendor transfigurado. Pedimos esta mirada mutua con las palabras:

*«Ut, Te revelata cernens facie,
Visu sim beatus tuae gloriae»¹⁶.*

(para que mirando Tu rostro ya no oculto
sea feliz viendo Tu gloria)

Existe el peligro general para las personas profundamente religiosas de caer en un cierto nihilismo, que en principio parece el fruto de un especial celo religioso, pero en verdad, como todo lo que confunde las diferencias objetivas, tiene consecuencias funestas. En lugar de nihilismo se podría llamar también uniformismo.

Por un lado, en la base de este nihilismo o uniformismo hay un deseo desordenado de unidad, una necesidad de ignorar diferencias esenciales expresadas para, por así decir, reducirlo todo a un denominador común. Este impulso ha llevado en la Filosofía a incontables errores, sea que se crea haber encontrado tras el descubrimiento de un hecho importante la piedra filosofal con la que se pueda explicar todo, sea que se fuercen las analogías en ámbitos diferentes, de manera que se vea a una luz errónea lo esencial de una región, o se equivoque uno por completo precisamente en su peculiaridad decisiva. De esta tendencia general, que destaca especialmente en la construcción de un «sistema», hemos de separar la tentación que existe especialmente en el ámbito religioso.

Así Ockam cree elevar la grandeza y gloria absolutas si elimina la diferencia decisiva entre el mandato positivo y el moral. En realidad, con la negación de la dife-

¹⁶ Santo Tomás de Aquino, conclusión del *Adoro te*.

rencia entre bueno e indiferente, o bueno y malo, se socava la representación de la esencia de Dios y se hace del Dios infinitamente bueno y santo un señor absoluto arbitrario, con lo que se rechaza el rasgo más importante de la esencia de Dios. Por eso hablamos, en este tratado, de nihilismo.

Este nihilismo se muestra también en el intento, considerado como heroísmo supremo, de equiparar la respuesta a una cruz que nos es impuesta con la respuesta a un gran regalo de Dios que nos hace felices. Se dice: «Todo es un efluvio del Amor infinito de Dios, lo principal es la respuesta que Le debemos; por eso tenemos que agradecer a Dios igualmente una cruz que nos impone que un bien objetivo para nosotros que nos hace profundamente felices. Debemos ir más allá de la cuestión acerca de lo que nos hace dichosos o lo que nos duele profundamente, y penetrar en el Amor de Dios. ¿No se manifiesta Su Amor en ambos? ¿No es lo más importante de lo que Dios dispone: Su Amor por nosotros, Su voluntad de misericordia, de atraernos hacia Sí y prepararnos para la unión eterna con Él?».

¡Es cierto! Pero precisamente en este Amor misericordioso, que nos ha llamado a la bienaventuranza eterna, se revela el primado de la felicidad frente a todo sufrimiento. Este penetrar en el Amor misericordioso de Dios incluye precisamente la realidad y la diferencia absoluta de la bienaventuranza y el sufrimiento. Hay que añadir, además, que pertenece al sentido de las disposiciones de Dios distinguir claramente un regalo regocijante de una cruz. Pues, aunque todo es efluvio del Amor infinito de Dios --también la admisión de cruces inconcebibles, terribles, como la muerte de la persona amada--, no se elimina la diferencia entre un regalo regocijante y una cruz. Esta radical diferencia pertenece en primera instancia esencialmente al sentido y a la función de las disposicio-

nes de Dios. Por ello, la gratitud es la respuesta a todos los dones positivos de Dios, y la aceptación resignada y amorosa la respuesta a las cruces.

No debemos ignorar los diferentes «rostros» de las disposiciones de Dios, saltando por así decir sobre ellas y responder a ellas como si no existiese en el fondo ninguna diferencia entre ellas. No olvidemos que en los regalos positivos, y especialmente en la Gracia, irradia un lejano destello de la eternidad que apunta a la felicidad eterna, mientras que todos los sufrimientos y cruces aluden al *vallis lacrimarum*, al *status viae* (al estado de caminar en este mundo)¹⁷. La aceptación resignada de ellas nos debe purificar, unir con el Cristo que sufre. Pero esto sólo es posible si las cruces son *plenamente sufridas*, si no forzamos una respuesta alegre a ellas.

¹⁷ Cuando decimos que los sufrimientos están limitados al *status viae*, podríamos demostrar una ignorancia del Purgatorio y del Infierno. Pero hablamos de los sufrimientos y de las cruces que representan una prueba para el hombre, una ocasión para la actualización de una última entrega a Dios y la separación de todas las inclinaciones desordenadas. Este sufrimiento es inherente al carácter de lo pasajero, de la preparación a la bienaventuranza eterna. Esto vale también para el purgatorio. El sentido del purgatorio es la expiación de la culpa y la purificación para la eterna bienaventuranza. La relatividad del sufrimiento se destaca en su referencia esencial a la felicidad eterna. Pero por lo que se refiere al castigo eterno en el infierno, este sufrimiento ya no es transitorio, ni un «camino» hacia la eterna bienaventuranza. El sentido de este sufrimiento es el castigo, la respuesta divina a la terrible desarmonía del pecado, al definitivo apartarse de Dios y a la rebelión contra Él. Hay que distinguir primordialmente la esencia y el sentido de este sufrimiento de todas las cruces con las que Dios nos carga sobre la tierra, y de las que sabemos que son efluvio de Su Amor misericordioso. Los sufrimientos del Infierno son resultado de la justicia infinita de Dios, aun cuando Dante en la *Divina Comedia* añada a la justicia el amor, con las palabras que están en el Canto III del «Infierno» como inscripción encima de la entrada al Infierno:

*-Giustizia mosse il mio alto fattore;
fecemi la divina potestate,
la somma sapienza e' il primo amore.*

(«Justicia movió a mi elevado creador;
me creó la divina potestad,
la suprema sabiduría y el Amor primero»).

La diferencia entre la gratitud y la aceptación resignada aparece claramente en su sentido profundo cuando pensamos que podemos pedir regalos positivos a Dios, así como el apartamiento de sufrimientos y cruces, mientras que sólo podemos pedir sufrimientos y cruces si se trata de una vocación especial. Con ello rozamos otro gran peligro que amenaza a la vida espiritual: la afectación y la inautenticidad. Cosas que son auténticas, conmovedoras y bellas cuando se trata de una vocación especial, son sin esa vocación, extravagantes e inauténticas.

En la transformación en Cristo, a la que estamos llamados, podemos pedir dones y gracias y el apartamiento de cruces y sufrimientos, «*A peste, fame et bello libera nos Domine*» («De la peste, del hambre y de la guerra, líbranos Señor»), reza la Santa Iglesia en la letanía de todos los Santos. La oración de Jesús en Getsemaní es el gran modelo para la transformación en Cristo: primero la petición del apartamiento del cáliz del sufrimiento profundo; luego, en las últimas palabras: «Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42), la entrega última a la voluntad de Dios, la sumisión absoluta. «Sólo a la luz de esta extrema entrega a la voluntad de Dios en las palabras de la conclusión: 'Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya', conserva la petición previa: 'Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa' (Mt 26,39) su plena significación, su verdadero rostro. Sólo por la petición previa conservan las últimas palabras su realidad sangrante y su verdad gloriosa»¹⁸.

Por eso el agradecimiento como respuesta a todos los regalos positivos, así como la aceptación resignada de todos los sufrimientos y cruces han de estar fundados en

¹⁸ D. v. Hildebrand: *Über das Herz*, Habel, Regensburg 1967, pp. 173 y s. (trad. esp. *La afectividad cristiana*, FAX, Madrid 1968.

la disposición a la aceptación absoluta de lo que Dios nos impone. Pero la última palabra: «*Fiat voluntas tua*» («Hágase tu voluntad») no elimina la diferencia entre el agradecimiento por un lado y la acogida amorosa y el pleno sufrimiento de la cruz por otro, que puede llevar incluso al «*Eli, Eli! ¿lemá sabactaní?*», esto es, «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46).

Es de la mayor importancia para la verdadera relación que quiere Dios tener con el hombre no olvidar en todos los sufrimientos y pruebas los regalos positivos. Al lado de la aceptación resignada, amorosa, de la cruz a la luz de la Pasión de Cristo, ha de permanecer viva la gratitud y el dar las gracias por todos los dones positivos.

Un caso especial acontece cuando disposiciones de Dios que son dolorosas resultan más tarde, en sus consecuencias, como afortunadas. Este cambio de aspecto en el que un mal como tal se muestre más tarde en sus efectos como dicha es un misterio especial en el curso global de nuestra vida.

En la mayoría de las vidas de los hombres hay innumerables ejemplos de este cambio de carácter del bien o mal objetivo, que surge por las consecuencias.

Aquí hay que afirmar lo siguiente: primero, este cambio no significa que las consecuencias positivas de aquella prueba hayan eliminado su carácter de mal objetivo para nosotros. La diferencia en el aspecto de un acontecimiento brota de sus consecuencias, que no están necesariamente enlazadas con el mal. No son algo que fluya incondicionadamente de la prueba como tal. Son, más bien, una parte de aquella misteriosa cadena causal que atraviesa nuestra vida.

Por ello es completamente correcto que nuestra respuesta inmediata a la prueba no sea el agradecimiento, sino un conforme «*fiat voluntas tua*» y la confianza en que esta prueba resultará una manifestación especial del

Amor de Dios. Si más tarde aparecen consecuencias felices, podremos dar gracias por las pruebas.

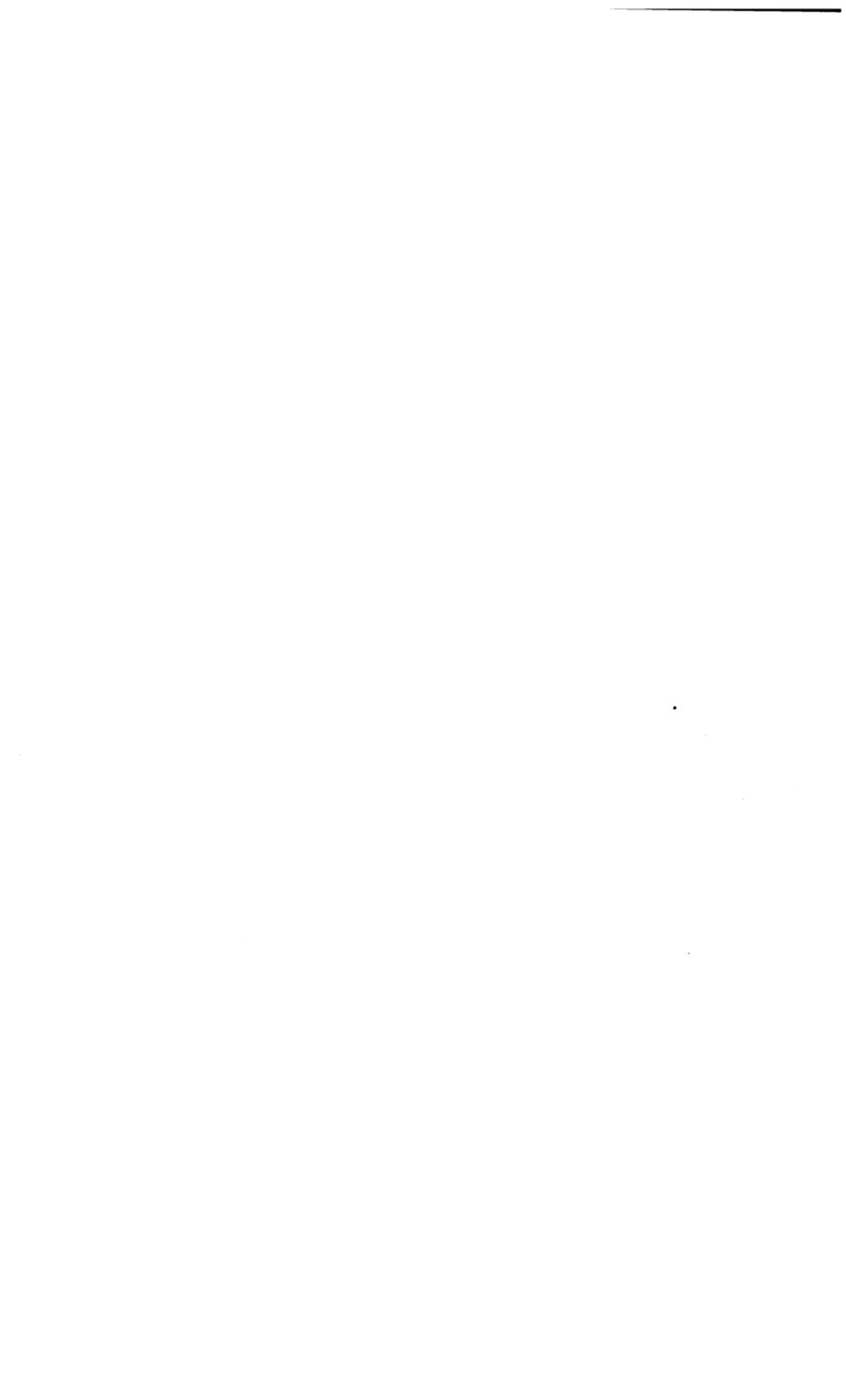
En segundo lugar se ha de destacar que hay pruebas, sufrimientos, cruces tan terribles, tan profundas, que nunca pueden aparecer como positivas a causa de sus consecuencias: por ejemplo, la muerte de la persona más amada, del esposo/a al que se ama más que a nada. Incluso si por ella es posible más tarde un matrimonio muy feliz con otra persona, sería terrible dar las gracias por la muerte del esposo/a que se amó primero más que a nada. Prescindiendo del hecho de que el mal en el primer caso no es sólo para el superviviente, sino también para la persona más amada, es una cruz tan pesada que nunca puede ser considerada a la luz de las consecuencias felices¹⁹.

No podemos cerrar la investigación de la gratitud hacia Dios del transformado en Cristo sin referirnos al agradecimiento de la *magnalia Dei* (en el sentido especial de esta expresión), por los dones sobrenaturales de Dios. Ya hablamos del regalo fundamental de la vida natural, del existir como persona humana. Ahora hemos de reflexionar sobre el don sublime de la Gracia santificante, del renacer en Cristo, sobre la que una oración de la Misa tridentina, en el ofertorio, dice: «*Deus qui humanae substantiae dignitatem mirabiliter condidisti et mirabilis reformasti*» («Dios que has creado maravillosamente al hombre en su dignidad y todavía más maravillosamente le has renovado»). En la gratitud por la *magnalia Dei* que se extiende desde la revelación del Antiguo Testamento

¹⁹ Puede haber casos en los que cruces que no tienen este carácter absoluto se muestren más tarde como manifestación del Amor de Dios, de manera que el afectado incluso agradece a Dios estas cruces. Pero también esta gratitud es característicamente diferente del agradecimiento propio y alegre que es respuesta al regalo regocijante de Dios. Responde al Amor de Dios que se manifiesta en Su Providencia divina, no a la cruz o a la prueba como tales.

hasta la autorrevelación de Dios en la humanidad santa de Jesucristo, que comprende el misterio más céntrico de la encarnación y de la redención del hombre por la muerte de Cristo en la cruz, el regalo de la implantación de la vida sobrenatural en el alma del hombre en el sacramento del bautismo, la Eucaristía y todos los sacramentos, sentimos un tipo de gratitud totalmente nuevo. El agradecimiento por la *magnalia Dei* se encuentra en el mismo centro de lo que constituye el culto oficial de la Iglesia. Encuentra su expresión especial en el prefacio de la santa Misa.

Pero la gratitud por la *magnalia Dei* ha de ocupar también el primer lugar en la vida privada del transformado en Cristo. La acción de gracias por ella ha de impregnar su vida. No olvidemos que por la *magnalia Dei* también la vida natural y todos los bienes naturales elevados alcanzan una nueva significación, un nuevo resplandor y cae sobre ellos una luz transfiguradora. Por «*instaurare omnia in Christo*» («renovación de todo en Cristo». Cf. Ef 1,10) surgen posibilidades absolutamente nuevas para el hombre; no sólo la esperanza que impregna todo, sino también el *amare in Deo, amare in Jesu* (Amar en Dios, amar en Jesús), que es lo único que da a todo amor de criatura la posibilidad de realizar la suprema *intentio unionis e intentio benevolentiae*. Las palabras de Jesús en el Apocalipsis: «Mira que hago un mundo nuevo» (Ap 21,5) se pueden aplicar a toda la vida humana y a la transfiguración en Cristo de todos los bienes naturales elevados.



LA GRATITUD HACIA LOS DEMÁS

Después de haber indicado la significación fundamental de la gratitud hacia Dios, y mostrado que el transformado en Cristo es un dador de gracia, y que su corazón ha de estar lleno de la actitud principal de gratitud hacia Dios y hacia el Hombre-Dios Jesucristo, nos ocupamos ahora de la cuestión del papel que debe desempeñar la gratitud del transformado en Cristo ante los hombres a los que ha de agradecer mucho en los más diferentes respectos.

El transformado en Cristo tiene que ser agradecido también con todos los hombres con los que está en deuda. No puede tener ninguna dificultad para dar expresamente las gracias por los beneficios de toda índole. La gratitud hacia los hombres con los que hay un motivo objetivo para el agradecimiento es portadora de un elevado valor moral. Es un efecto de la humildad, de la bondad y de la verdadera libertad. Esta virtud es indispensable para el transformado en Cristo, no sólo como portadora de un elevado valor moral, sino que pertenece necesariamente a la santidad.

Un hombre que se avergüence de estar agradecido a otro y sienta esto como dependencia gravosa es todavía un esclavo de su soberbia. Al que está tan apegado a sí mismo que da todas las buenas obras por supuestas, le falta la verdadera lucidez y libertad. Su pasar por alto la

exigencia de tener que agradecer, su insensibilidad frente a la bondad contenida en cada regalo, muestran que no ha entrado todavía plenamente en el reino de la bondad.

Para ver todo esto claramente hemos de distinguir desde un principio casos completamente diferentes. El primero se refiere al agradecimiento a una persona a la que no me vincula ninguna amistad especial ni amor recíproco, pero que, sin embargo, me procura grandes beneficios palpables, sea ayuda en la necesidad financiera o apoyo para alcanzar fines importantes para mí, por ejemplo, una determinada posición profesional, sea ayuda moral en una grave necesidad íntima o la defensa frente a calumnias y acusaciones injustas. Es interesante ver que, dentro de este primer caso, también la naturaleza del beneficio desempeña un papel. Es más fácil ser agradecido por ciertos beneficios que por otros. Alguien puede sentir gratitud por una ayuda económica, pero le puede ser difícil reconocer la deuda espiritual contraída con otro o sentir auténtica gratitud por ella.

El segundo caso se refiere al agradecimiento a los hombres a los que nos vincula una relación profunda. De partida, la primera pregunta decisiva es en qué medida somos agradecidos por el amor que nos regala otro, en qué medida apreciamos el valor precioso de este don enorme, profundo, incomparable, del que, según se pretende, dijo Stuart Mill que no se puede hacer otro regalo mayor que el del corazón.

La segunda cuestión reza: ¿Cómo es el agradecimiento por los regalos de todo tipo dentro de una tal relación recíproca profunda, sin tomar en cuenta la categoría a la que puede pertenecer este amor? ¿En qué medida los dos copartícipes estiman el regalo y la ayuda del otro? Aquí la gratitud exige una lucidez diferente. El peligro de considerarlo como algo natural, la incompreensión para la

exigencia de dar las gracias en un acto expreso por un regalo, es mayor. En especial, en el matrimonio, pero también en la vida en común de amigos o hermanos, o de los hijos con sus padres; en suma, en todas partes donde los hombres no sólo están unidos por un amor recíproco profundo, sino que también viven juntos, comparten la vida cotidiana, esta lucidez para el agradecimiento se hace más difícil. También aquí la resistencia frente a la gratitud y al dar expresamente las gracias varía según la naturaleza de los beneficios.

Finalmente, hay relaciones en las que la gratitud hacia el otro es un elemento constitutivo en el amor de uno. La mirada agradecida de uno al otro conforma desde el principio esa relación.

Nos dedicaremos ahora al análisis del primer caso, del agradecimiento a un hombre al que no nos liga ninguna relación íntima. Elegimos como ejemplo una ayuda económica o ante un peligro externo, o una defensa frente a calumnias. Si alguien no quiere reconocer tal deuda de gratitud y le cuesta mucho admitir esta dependencia de otro, es que está afectado por un orgullo lamentable. Si no le afecta ni le regocija la bondad de otro es que su corazón está todavía completamente endurecido y cerrado por la soberbia. El orgullo se resiste al reconocimiento del círculo existente cuando se está en deuda con alguien. La idea de que se deba algo a otro, de que se le tenga que dispensar un favor correspondiente, en el caso de que estuviera en una situación similar, es sentida como una limitación de la libertad e independencia. La situación del que ayuda frente a aquel a quien ayuda implica una superioridad por parte del que ayuda. Pero es profundamente característico del orgullo ignorar la belleza de la bondad del que ayuda y sentir sólo resentimiento frente a su superioridad formal. Hemos de distinguir todavía diferentes variaciones.

El tipo peor de desagradecimiento acontece precisamente cuando la bondad del que ayuda provoca resentimiento. Se acepta la ayuda porque no hay otro remedio para salir de la difícil situación, pero fastidia la superioridad que resulta del valor moral del benefactor. Se busca negarla, reinterpretarla, reprimirla.

Otro no tiene resentimiento frente a la bondad del benefactor, pero se le hace insoportable estar en deuda con él. Mientras la bondad de un hombre se manifiesta en un beneficio para otro, no le irrita, quizá hasta le agrade. Pero tan pronto como la superioridad moral del benefactor se contraponga a la propia persona, su orgullo se defiende de ella.

Un tercer tipo menos orgulloso «tragaría» esta superioridad formal si con ella no quedara en deuda con el otro. Este tercero no es tan desagradecido como para ser incapaz de comprender la deuda de agradecimiento que resulta de la admisión del beneficio. Siente la realidad de este vínculo. En primera instancia siente la deuda de gratitud como opresiva para su impulso pervertido de libertad, para su necesidad de independencia absoluta. Un dicho hindú expresa drásticamente esta resistencia frente al agradecimiento: «¿Por qué me persigues, si nunca he sido benefactor tuyo?»²⁰.

Cuarto: alguien puede temer, por pereza, las consecuencias de una deuda de gratitud. Se imagina que tendría que acceder al benefactor en un caso semejante. Éste

²⁰ Cf. además Tácito, Anales, IV, 18: *«Beneficia eo usque laeta sunt dum videntur exsolut posse; ubi multum antevenere, pro gratia odium redditur»* (los favores son agradables si se espera poder recompensarlos. Si van más allá de eso, se transforma la gratitud en odio) y Séneca, *Epistulae morales*, 81, 32: *«Nam quia putat turpe non reddere, non vult esse cui reddat. ... Nullum est odium perniciosius quam a beneficii violati pudore»* (Porque cree que sería perjudicial no devolver, no quisiera que hubiera alguien al que deber restituir. ... No hay odio más peligroso que el de un hombre que está herido por un favor humillante).

podría, si tuviera necesidad, pedirle algo con derecho. La vinculación no es sentida como humillante o privadora de libertad, sino sobre todo como fatigosa.

Este último tipo preferiría salir de cualquier otra forma de la necesidad sin la ayuda ajena. No es tan amoral como los arriba citados esclavos del orgullo. Entiende incluso que de la recepción de un beneficio resulta una deuda de agradecimiento y no intenta suprimirla. Pero le agobia tener que aceptar la ayuda de un benefactor, porque quiere librarse del vínculo molesto y fatigoso.

En contraposición a todos estos prisioneros del orgullo, del ídolo de la independencia y de una pereza egoísta, el transformado en Cristo acepta agradecido la ayuda del benefactor. En primer lugar, ve la belleza de la bondad de la otra persona y se alegra de ella. Para él esa bondad es en sí, independientemente del ser liberado de la necesidad, una fuente de alegría y de felicidad. No siente el estar en deuda con el otro como una carga. Al contrario, la superioridad formal del otro es para él una alegría, y considera que su vida se ha enriquecido por este vínculo de gratitud. Experimenta la profunda felicidad y la libertad regocijante que yace en el ser agradecido y en la unión que resulta gracias a la bondad del otro.

El transformado en Cristo prefiere recibir un bien objetivo por la bondad de otro que hacer valer un derecho sobre ese bien. Cuando recibe algo a lo cual tiene derecho falta el factor regocijante de la magnanimidad y bondad del benefactor. La recepción de un regalo al que no tiene derecho se asemeja al de los citados regalos de Dios, pues ante Dios no podemos reclamar nunca un derecho. Todo lo que recibimos de Él es puro regalo.

También el transformado en Cristo tiene un temor justificado a contraer el vínculo de la deuda de gratitud hacia alguien en el caso de que el «benefactor» sólo le

ayude para apoderarse de él. Algunos hombres quieren hacer a otros dependientes de sí por medio de beneficios. Ahí falta completamente el factor de la bondad. El beneficio se concede sólo para forzar al otro por la dependencia del agradecimiento a acceder a los deseos del «benefactor». Si el presunto bienhechor es de ese tipo, estamos obligados a evitar esta dependencia. Si es imposible, podemos acoger el beneficio, pero no podemos otorgar al «benefactor» ningún tipo de poder para inducirnos a algo que nos prohíbe nuestra conciencia. La renuncia a los derechos concedidos por Dios pertenece también a las cosas que no podemos nunca pagar como precio por un beneficio recibido. A tal «benefactor» no podemos estarle realmente agradecidos, porque en lugar de bondad se trata de perfidia. No podemos aceptar ningún tipo de vínculo, aunque tengamos que acoger el beneficio. La ayuda que es fruto de una actitud interior mala y no de bondad no produce objetivamente ninguna verdadera obligación de agradecimiento.

Es muy característico de la posición moral-religiosa de un hombre el hecho de que conciba que debe a otro gratitud y que se alegre de estar en esta deuda con él. Es un signo de lucidez esencialmente importante que capte la conducta del otro con él como regalo, que reconozca la belleza de la bondad que se manifiesta en él y la exigencia de gratitud que brota del beneficio. En el momento que no considera ya el beneficio como algo natural y capta conscientemente la bondad que reside en él, da un paso importante en su desarrollo moral-religioso.

En la gratitud hay una entrega *sui generis* y una magnanimidad específica. El dar las gracias de mala gana, el temor a esta entrega, tiene una cierta analogía con la avaricia.

En el segundo caso, el de los regalos en el ámbito de una relación duradera fundada en la amistad recíproca

o en el amor, se exige una lucidez todavía mayor para captar la obligación del agradecimiento y sentirse impulsado a dar expresamente las gracias. El regalo fundamentante en el que está basada toda la relación, es decir, el amor que el otro nos profesa, es un don que no se puede comparar ni con los mayores beneficios. Este amor es otro tipo de regalo. No es efluvio de la compasión, como la ayuda específicamente dispensada a un extraño en la necesidad, ni una manifestación de peculiar bondad, ni algo que cree una obligación de agradecimiento, una deuda de gratitud. El amor es, por un lado, mucho más que un beneficio y, por otro lado, es más un don de Dios que un regalo del otro. Por su amor, independientemente de la categoría a que pertenezca, agradecemos en primer lugar a Dios que sea Él quien se lo ha puesto en el corazón, y no tanto a él, porque este amor no procede de él como el beneficio a la persona extraña o como la caridad que nace del amor al prójimo.

Aquí encontramos de nuevo la peculiar *coincidentia oppositorum* (fusión de contrarios). Pertenece a todo tipo de relación humana edificada sobre el amor recíproco que reconozcamos la actitud interior bondadosa del otro ante nosotros y que creamos en ella. De un hombre extraño no esperamos tal actitud interior. Pero en toda clase de relación basada en un amor mutuo contamos con la disposición a ayudarnos siempre que lo necesitemos. Más aún: es parte esencial de nuestra donación amorosa a otra persona el creer en su disposición a ayudarnos. Este elemento pertenece esencialmente al amor sentido hacia el copartípe. Sentimos como algo doloroso que el amigo, la hermana o el hijo no cuenten con él.

¿Cómo se armoniza este natural contar con la disposición a la ayuda de la persona amada con el agradecimiento expreso por toda ayuda prestada?

La contradicción entre este esperar beneficios como algo natural y el agradecimiento por ellos, que excluye precisamente este considerar como natural, es sólo aparente. Vimos que la gratitud se refiere en todas las relaciones en primer lugar a la actitud interior amorosa del otro frente a mí. Yo estoy agradecido porque alguien es mi amigo y yo puedo ser su amigo. Le agradezco su amor; del mismo modo estoy agradecido a mis padres, a mi hermano o a mi hermana que me aman.

Por tanto estoy agradecido ya que de ellos, a diferencia de los extraños, puedo esperar ayuda en la necesidad, puedo contar con su disposición a ayudarme. De los beneficios recibidos en que se confirma este gozoso poder contar con su ayuda, fluye orgánicamente una auténtica gratitud por toda ayuda, por todo beneficio.

Pero este considerar como natural el favor no es, en modo alguno, un no apreciar que contradice a la gratitud, ni tampoco una reivindicación como derecho. Entre quien dice: «¿Qué hay en ello de especial? Me ha ayudado porque es su deber», y quien dice: «Nunca dudé de que me ayudaría; él es así de bueno y me ama», existe evidentemente una diferencia radical. Este considerar como natural la ayuda, como el contar sin la menor duda con ella, o la plena fe en el otro, es lo contrario de toda aceptación neutral y natural, que es la adecuada frente a cosas inesenciales y sin valor. El contar con la disposición a la ayuda del otro implica una respuesta al valor de su persona y de su amor por nosotros. Es lo contrario de un cálculo neutral, es un signo especial de lo mucho que apreciamos esta relación.

Por tanto este amor crea una obligación de otra índole, sí, pero mucho más profunda. Estamos, en otro sentido, mucho más hondamente en deuda con él. A alguien que nos ha salvado de un peligro de muerte nunca podremos agradecerle lo suficiente ni devolverle lo que

nos ha hecho, a no ser que Dios nos coloque en una situación extraordinaria, en la que podamos hacer lo mismo por él con un gesto parecido. Este favor que se alza vigorosamente como tal produce una típica deuda de gratitud que es completamente diferente de la obligación que resulta del amor personal. También por el don incomparable del amor ha de existir en nosotros una profunda gratitud. Es una especial piedra de toque del estado moral-religioso de un hombre que responda con gratitud al amor y a la fidelidad ofrecidos. Ciertamente él ama al otro igual, realiza esta misma entrega extraordinaria del corazón, ya que estamos pensando en un amor correspondido: sea amistad, amor de hermanos o amor de novios. Aunque «damos» al otro nuestro corazón, como él a nosotros el suyo, tiene que colmarnos una profunda forma de gratitud como respuesta a su amor.

Por un lado, de mi entrega al otro en una relación de amor recíproco ya constituida deriva una especie de *tener derecho* al amor del otro. El hecho de que yo mismo realice el mismo gesto íntimo frente a él, es decir, el gesto exigido por y fundado en el *logos* de la relación, hace claro que yo tenga, por así decir, un derecho a su amor. Yo lo espero, cuento con él, se convierte en un fundamento de mi vida; es la respuesta adecuada a mi amor. Por otro lado, cada uno de los dos amantes ha de considerar el amor del otro como regalo frente al que ninguna acción de gratitud podrá jamás ser suficiente.

En la situación ideal, ambos sienten esta gratitud y cada uno conoce la forma peculiar de ella en el alma del otro, por el amor en que se envuelven mutuamente. Pero esta gratitud recíproca desemboca en la dominante gratitud común hacia Dios por el amor recíproco, por la relación que es un regalo Suyo.

El amor que nos profesa el otro hemos de recibirlo, por una parte, como un regalo regocijante, como un

encontrarnos acogidos y entendidos, como una comprensión profunda de nuestro verdadero yo. Palpamos que él ha captado nuestro auténtico yo y no vive de ilusiones. Por otro lado, debemos tener el sentimiento de que no merecemos este amor, de que es un don inmerecido. Como ocurre con tanta frecuencia en el reino de los transformados en Cristo, topamos también aquí con una paradoja, con una *coincidentia oppositorum*.

El humilde, el bondadoso, el íntimamente libre sentirá esta gratitud especial, profunda, por el amor del otro. La «exigencia» que yace en este amor es, sin embargo, la correspondencia; él es consciente de que ningún favor bastaría como respuesta a esta exigencia, sólo su amor análogo, es decir, su acto de corresponder al amor del otro.

¿Cuál es la respuesta de gratitud querida por Dios por los innumerables regalos aislados que otorga uno a otro por ese amor? De nuevo es sumamente característico del estado moral-religioso de una persona hasta donde se manifiesta su amor, cómo se ejerce la *intentio benevolentiae* en un sinnúmero de regalos, de atenciones, en el tener los ojos abiertos para las necesidades de la persona amada, para el grado de su sensibilidad receptiva. ¿Se abstendrá de pedir demasiado al otro? Existe el peligro de, por el deseo amoroso de dispensar al otro alegrías especiales para él —descubrirle algo bello, mostrarle un paisaje o una arquitectura magníficas—, exigirle más de lo que el otro puede acoger en ese momento por sus fuerzas corporales o psíquicas. El amante lúcido evitará eso.

Todo esto —tanto las ayudas especiales, regalos y deferencias, como el deseo de hacer partícipe a la persona amada de bienes objetivos para ella, desde los más importantes hasta las menores atenciones referidas a la comodidad o a una buena comida— es un signo de

hasta dónde está impregnado de *caritas*²¹ nuestro amor al otro. Como se ha dicho ya, es muy característico de un hombre hasta qué punto su amor por el otro se traduce en estas muestras de *intentio benevolentiae*. Este estar penetrado de *caritas* se expresa no sólo en la disposición a no reparar en sacrificios para dispensar al otro un beneficio, sino también en la renuncia a proporcionarle un beneficio por precisar el otro en ese momento principalmente descanso.

Para nuestro tema en cuestión es sobre todo de interés entender que se debe ser agradecido también por todos estos favores particulares. Como se dijo, es mucho más difícil apreciar los muchos dones y ayudas del amado que los beneficios extraordinarios de un extraño. Se está muy inclinado a pasar por alto aquéllos. Primero porque se está habituado a ellos y se aceptan por costumbre como naturales. La costumbre es un gran peligro en nuestra vida religioso-moral²²: el peligro de abotargarse y después de algún tiempo no apreciar ya el regalo. ¡Cómo se aprecia algo que hace mucho que no se tiene o algo que se anhela calurosamente antes de poseerlo! En segundo lugar existe el peligro de considerarlo natural y no sentirse obligado a un agradecimiento especial por decirse uno: «Es natural, él me ama, me tiene cariño, se sobreentiende que quiera hacerme todo tipo de favores». Como ya no se toma el amor del otro como un regalo extraordinario, puesto que se ha incorporado, por así

²¹ Cf. D. v. Hildebrand, *Das Wesen der Liebe*, cap. 11.

²² Kierkegaard dijo muy acertadamente: «Estate atento al tronar de cien cañones tres veces al día, para resistir al poder de la costumbre, ... pero ¡ten cuidado de que no se convierta también esto en costumbre! Pues puedes habituarte a oír tronar cien cañones de manera que sentado a tu mesa puedas oír más claramente la menor insignificancia que el tronar de cien cañones que te hayas acostumbrado a oír». *Gesammelte Werke*, sección 19ª: *Der Liebe Tun*, I, p. 43, trad. alemana de Hayo Gerdes, Eugen Diederichs Verlag, Düsseldorf/Köln, 1966.

decir, como elemento cotidiano y normal de la propia vida, se espera mucho de esa persona y se espera como algo natural. En el caso concreto se dice: «Esto no es nada especial como lo sería de parte de un extraño, sino la consecuencia natural de su amor. A él mismo le hace ilusión, por lo que no puedo estar especialmente agradecido».

Se ven todos los favores a esta luz y por eso no se siente ninguna obligación de dar las gracias. Al final se pasan por alto estas pruebas de amor y ya no se viven como tales.

Esta falta de gratitud procede de fundamentos diferentes a los arriba reseñados. La causa no es ni un resentimiento nacido de la soberbia frente a los valores morales del bienhechor, que impide en sí la respuesta al valor de la belleza de su bondad, ni aquel orgullo que se dirige contra el estar en deuda con el otro, ni la oposición interior contra la superioridad del otro que se le está concediendo. Tampoco la causa es un afán pervertido de libertad que se dirige en contra de estar en deuda con el otro y ni siquiera el temor a que esa dependencia de otra persona quizá haya de perturbar en el futuro su calma—resultado por tanto de la pereza o de una determinada forma de egoísmo—. No, la falta de gratitud por las pruebas particulares de amor del amigo, del hermano, del padre, de la madre o del cónyuge está fundada, en primer lugar, en el peligro general del embotamiento. Es, ante todo, una falta de lucidez la que lleva a considerar como algo natural o, incluso, a pasar por alto esas pruebas de la bondad y el amor del compañero. Es, además, una falta de amor por nuestra parte, no sólo una general falta de lucidez, sino también un «adormecimiento» de nuestro amor.

Como ya no somos lúcidos en nuestro amor, la figura global de la otra persona no está tan resplandeciente ante

nosotros. Ya no apreciamos el regalo de su amor por nosotros.

En este considerar como algo natural todas las muestras bellas y valiosas del amor del otro por nosotros, hay también un endurecimiento de nuestro corazón, un atentado contra la virtud fundamental de la bondad. Ya no apreciamos la belleza de la bondad del compañero en todos los beneficios particulares. Los vemos tan naturales que los aceptamos casi como si tuviéramos derecho a ellos.

Esto resalta de forma especialmente drástica cuando un hombre, al tiempo que está embotado para los beneficios que le vienen del copartícipe en una relación de amistad o de amor recíproco, aprecia plenamente los favores que le prodiga una persona extraña. Con frecuencia he podido observar que un hombre se estaba haciendo insensible frente a los favores por parte de personas muy cercanas a él, mientras que comprendía plenamente muchas amabilidades o servicios insignificantes de personas recién conocidas y respondía con agradecimiento.

Vemos, por tanto, que la plena gratitud en la profunda unión recíproca de corazones presupone todavía más que el agradecimiento por los favores por parte de personas extrañas. Se exige un estado religioso-moral más elevado, una mayor lucidez y bondad, un corazón más profundamente reconocido. Esta lucidez y bondad sólo son posibles en una vida *in conspectu Dei* (en contemplación de Dios), atravesada por la *lumen Christi* (luz de Cristo).

Podemos ver claramente en qué medida la gratitud hacia los hombres pertenece a la transformación en Cristo. Ciertamente el agradecimiento por los favores de extraños que la soberbia puede prevenir, es posible también como virtud natural. Pero la santidad excluye toda ingratitud, así como todo comportamiento moral negati-

vo. Al igual que todas las virtudes naturales transformadas por Cristo, la gratitud sobrenatural alcanza un brillo y carácter completamente nuevos frente al puramente natural.

La gratitud perfecta en las relaciones humanas profundas sólo es posible en y por Cristo. Presupone un corazón conformado y fundido por la gratitud hacia Dios. Es un fruto de la transformación en Cristo.

Evidentemente debemos un agradecimiento especial por los grandes dones que recibimos de un amigo, de una persona amada con el amor de los novios, del padre o de la madre. Cuanto más elevado es el bien objetivo que tenemos que agradecer al copartícipe, más se nos exige moralmente una respuesta de gratitud. Más aún, una ayuda moral decisiva o un estímulo intelectual profundo merece más agradecimiento que la salvación de una vida.

¡Qué grande, qué inagotable es lo que podemos agradecer a otros hombres! ¡Qué verdades, qué valores nos pueden descubrir! En primer lugar entra aquí todo lo que recibimos por obras y libros de otros que no podemos conocer personalmente y que han podido vivir mucho antes que nosotros. ¡Cuánto debemos a Platón y a san Agustín, a Shakespeare y a Cervantes, a Bach y a Beethoven! ¡Qué maravillosas son las palabras de Kierkegaard sobre Mozart y sobre todo lo que le debe²³! Todo lo que hemos recibido de grandes figuras y genios constituye un capítulo propio. A esto pertenece, en una esca-

²³ Kierkegaard, *Gesammelte Werke*, sección 1^a: *Entweder/Oder* (O lo uno o lo otro) trad. alemana de Emanuel Hirsch, Eugen Diederichs Verlag, Düsseldorf/Köln 1956: primera parte: «Die unmittelbaren erotischen Stadien oder das Musikalisch-Erotische» (los estadios eróticos inmediatos o lo erótico musical), «Nichtssagende Einleitung» (introducción insignificante), pp. 49 y ss., p. 53 y s., p. 78; «Nichtssagendes Nachspiel», p. 145; sección 15: *Stadien auf des Lebens Weg*, 1958: *In vino veritas*, (trad. esp. *In vino veritas*, Guadarrama, Madrid 1975) p. 28.

la todavía mucho más elevada, lo que los santos han dado y transmitido a los hombres de su entorno y a sus discípulos.

Esta gratitud nos lleva al tercer tipo, es decir, a las relaciones en las que la mirada agradecida de una persona a otra representa un elemento constituyente de la relación. Es cierto: en toda relación de dos personas existe un recibir recíproco; no hay ninguna donde el que recibe principalmente no dé algo también al donante a quien mira con profundo respeto. Ya la acogida plenamente confiada es para el donante un regalo inconcebible. ¡Qué presente es el florecimiento del alma de una persona amada, el fruto de la cosecha de todo lo que el donante puede descubrirle y transmitirle por la Gracia de Dios! Verdaderamente, este dar en que lo dado es plenamente recibido y da frutos maravillosos es también un recibir, un ser obsequiado de un modo único.

A esto se añade todo lo que el receptor dona por su personalidad, por la belleza de su individualidad única y, sobre todo, por su amor.

Estas relaciones en las que uno mira con profundo respeto al otro implican, pues, una plena reciprocidad, un pleno encontrarse y, sobre todo, un amor recíproco que, sin embargo, se diferencia en la dirección en los dos participantes. Esta diferencia de la dirección no impide el pleno entramado y la plena resonancia mutua del amor; tiene el carácter de un complementarse. En el que mira con profunda admiración, la gratitud es un elemento esencial de su amor. Tiene que y debe ser consciente de todo lo que ha de agradecer al otro. Un hombre impedido por su soberbia no es capaz de esta mirada profundamente respetuosa. Alguien que no está transformado en Cristo puede también ser capaz al comienzo de la relación de tal mirada. Sin embargo, frecuentemente surge, con el tiempo, una resistencia a ese contemplar

admirado y recibir agradecido; en determinados casos surge hasta una rivalidad. Quien no posee la auténtica humildad puede caer en una cierta rebelión y quedar privado, por ello, de la verdadera gratitud.

El hombre es un ser receptivo. No sólo recibió todos los bienes de Dios, desde su existencia hasta su voluntad libre y su capacidad de conocer y amar, sino que es también en un nuevo sentido receptivo, con relación a todo *lo que* puede conocer, lo que Dios le descubre y lo que los otros hombres le pueden dar.

Hemos dicho a menudo que el hombre es tan rico como perfecta sea su comprensión de los valores. Pero aquí queremos señalar que no sólo el recibir nos enriquece, sino también el dar. En cada plena respuesta a un valor nos hacemos más ricos, siendo nuestro movimiento sólo un acto de dar. Esta ley misteriosa encuentra su expresión más elevada en las palabras de Cristo: «El que pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 10,39). Este es también el misterio arcano del amor: cuanto más *ama* alguien, cuanto más se entrega, más rico, más grande se hace, más *vive* su pleno ser personal.

Esto vale también para la gratitud, que es un pleno entregar-se, que en cierto modo expresa la antítesis del recibir. En él se hace el hombre más rico, en él crece. «Su riqueza aumenta cada vez que pide y agradece», dice Kierkegaard, y un poco antes: «Qué pobreza no poder pedir; qué pobreza no poder agradecer; qué pobreza tener que tomarlo todo, por así decir, sin reconocimiento»²⁴.

Cuánta razón tiene Kierkegaard al subrayar que es decisivo para el hombre estar en el adecuado lugar en el cosmos; y lo está cuando es agradecido. En la gratitud

²⁴ Kierkegaard, *Gesammelte Werke*, sección 20: *Christliche Reden 1948*, A., «Die Sorgen der Heiden», I, p. 14, trad. alemana de Emanuel Hirsch; Eugen Diederichs Verlag, Düsseldorf/Köln 1959.

vive la verdad, la libertad, la humildad, la bondad y la magnanimidad. Ella constituye ya en su forma natural una parte esencial de la moral natural. Su forma cristiana transfigurada en el alma del transformado en Cristo es una de las virtudes centrales y uno de los pilares en la relación del hombre con Dios. Ya en su forma natural se realiza un cierto entrar en el reino de la bondad. Mientras el corazón de un hombre rebosa de gratitud no queda sitio en su alma para actitudes malas como la envidia, la venganza o el odio. Pero esto vale de un modo completamente nuevo para la gratitud hacia Dios y hacia los hombres del que está transformado en Cristo. En la verdadera gratitud resplandece el alma en una belleza incomparable. El agradecer pertenece, como el amar, alabar y glorificar, a *quod erit in fine sine fine* (lo que será en la eternidad sin fin).

INDICE

PRÓLOGO	5
LA GRATITUD HACIA DIOS	13
LA GRATITUD HACIA LOS DEMÁS	35

Fotocomposición
Encuentro-Madrid

Impresión
CLM-Madrid

Encuadernación
Sanfer-Madrid

ISBN: 84-7490-597-4

Depósito Legal: M.: 40.220-2000

Printed in Spain

La gratitud es una de las actitudes básicas del ser humano. Y se ha de dirigir hacia Dios, dador de la existencia y de la gracia, y hacia los hombres. No hay postura más irracional —y por tanto alejada de lo humano— que la de considerar como algo «natural», como un derecho, la propia existencia o los gestos de afecto y amor de los demás. Por eso, «el agradecer pertenece, como el amar, alabar y glorificar, a lo que será en la eternidad sin fin».

Dietrich von Hildebrand nació en 1889. Estudió con Scheler, Husserl y Reinach, dejó su cátedra de Munich cuando Hitler subió al poder. Enseñó en Viena y Toulouse y, finalmente, se estableció como profesor universitario en Nueva York, donde murió en 1977.

La sabiduría consiste en estar en sí. Si tal vigilancia se ejerce de manera intermitente y apacible, será señal de que se está en ruta hacia esa cima. En ruta, pues a la cima nunca se llega.

Para estar en sí es menester que el cielo lo conceda; por lo tanto se impone pedirla, nada mejor que valiéndose del capítulo 9 del Libro de la Sabiduría: «Dios de nuestros padres y Señor de la misericordia, que con tu palabra hiciste todas las cosas, y en tu sabiduría formaste al hombre, para que dominase sobre tus criaturas, y para regir el mundo con tu santidad y justicia, y para administrar justicia con rectitud de corazón. Dame la sabiduría asistente de tu trono y no me excluyas del número de tus siervos, porque siervo tuyo soy, hijo de tu sierva, hombre débil y de pocos años, demasiado pequeño para conocer el juicio y las leyes. Pues, aunque uno sea perfecto entre los hijos de los hombres, sin la sabiduría, que procede de ti, será estimado en nada. Contigo está la sabiduría concedora de tus obras, que te asistió cuando hacías el mundo, y que sabe lo que es grato a tus ojos y lo que es recto según tus preceptos. Mándala de tus santos cielos y de tu trono de gloria envíala, para que me asista en mis trabajos y venga yo a saber lo que te es grato. Porque ella conoce y entiende todas las cosas, y me guiará prudentemente en mis obras, y me guardará en su esplendor».

Y falta el último requisito: el aporte de nuestra libertad, mirar a todas partes y a la presencia invisible que los reúne; y amueblar mente y corazón con algunas palabras preciosas.

Esta colección pretende ser una muestra de ellas.

ISBN 84-7490-597-4



9 788474 905977